

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 11 de Noviembre de 1922.

Número 43.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

El día 14 se abren las Cámaras, si Dios no lo remedia.

El Gobierno no va á ellas á gusto; mejor dicho, va todavía más á disgusto que suelen ir siempre los gobiernos á las Cámaras. Ya estaba todo preparado: un protectorado civil de mirame y no me toques, pero recién pintado y con sus pinceladas de purpura niveladora; un gobernador sustituido, y hasta un coronel procesado, para marcarse posturas constitucionales llegado el momento; una cataplasma emoliente extendida sobre el acreditado papel Picasso; un empréstito para que la trampa no nos ahogue de esta hecha; un tente en pie de cinco millones para que no pidan los mineros de Asturias ni los fruteros de Levante; un canto á la disciplina y un reproche para las lamentables ausencias. Era un inventario como para hacer un papel lucido, contando, como hay motivos para contar, con que las oposiciones no van á comerse á nadie, porque una cosa es una asamblea de caballeros y otra una jaula de gentes sin entrañas.

Pero el hombre propone y Alá dispone. En Tizzi Asa hemos tenido una jornada heroica, y creo que ya he dicho bastante. Se ha tapado la brecha parlamentaria, y la otra, como mejor se ha podido. Hemos abierto un expediente para metérselo en la boca al que intente hablar; pero va á ser difícilísimo ocultar el chichón que acaban de hacernos en mitad del protectorado civil. Y ya se susurra que el general Burguete se empeña otra vez en

proteger civilmente, cueste lo que cueste, y en seguida, á la bahía de Alhucemas. ¡Y Bergamín que acaba de decir que no iremos á Alhucemas más que de paisano! Lo malo, ministro salvador de nuestra hacienda, no es el traje en que vayamos, sino que volveremos en cueros.

Por si esto fuera poco para desmenuar el programa, á la dipepsia del general Burguete ha habido que añadir la fitula del teniente coronel Millán Astray. Circula el rumor de que se disuelve el Tercio, y el caso es que ha habido un licenciamiento voluntario general de legionarios cuando las tropas peninsulares se licencian con cuantagotas. Y aquí va no son, por lo que se dice, lamentables ausencias sino lamentables presencias, que es mucho peor.

Mañana viernes, pedirá el poder en Zaragoza la concentración liberal. No se lo darán, claro: ya se contentará con cogerlo cuando se le caiga á Sánchez Guerra.

Con la concentración liberal se está dando un espectáculo divertidísimo. Alba y Melquíades, porque sospechan ellos que son sospechosos de demagogia, han puesto por delante á García Prieto. Les sirve como especie de atenuador en sus radicalismos. Una reforma constitucional, por ejemplo, que pasa á través de García Prieto, queda ya tan respetuosa y tan seriocita, que no hay manera de que inspire recelo á la monarquía más suspicaz. Es más; estoy seguro de que á Lenin no le inquietaría tampoco una reacción imperialista, siempre que tuviera que pasar por el tamiz del marqués de Alhucemas; tal es nuestro hombre de untuoso y formal.

Los concentrados saben que por esa bocina se pueden decir cosas relativamente atroces, en la seguridad de que á los oídos de quien importa llegarán como tiernos balidos de ovejas descarriadas que buscan su redil. Alhucemas es... Si; ¡por qué no decirlo cuando la ambición de gobernar es ante todo afán de sacrificarse por la patria? Alhucemas es el camino del Poder. Los otros concentrados, que no están dispuestos á pedir el camino, sujetan á García Prieto, ya con el halago haciéndole jefe supremo, ya con un sistema á que respondieron siempre los pechos nobles (y el pecho no es ciertamente la cavidad del marqués que suele ponerse en tela de juicio). El sistema consiste en expresarle cons-

tantemente confianza y en terminar todos los discursos diciendo: «Nuestro ilustre jefe es garantía de lo que ofrecemos».

Pero Romanones sabe también todo ésto, y desliza en el oído del marqués sus cantos de Sirena de la Alcarria. Esto explica por qué don Melquíades acogió al conde de uñas (acogió de uñas al conde, para evitar interpretaciones malévolas) cuando el martes se le acercó. El rapto de Helena y Troya iban á ser nada al lado de la que armarían los concentrados si les raptasen á García Prieto.

Mi anticlericalismo

Así como hay quien nace con facultades privilegiadas para la música mientras otros no advierten la diferencia que existe entre el canto llano y el flamenco, hay quien viene al mundo con la facultad envidiable de sentir (ya que ver y comprender no le sea dado á la mísera criatura humana) las inefables dulzuras de la gracia. Yo he sido uno de los que se han presentado en el planeta sin esa facultad. ¿Es mía la culpa? No, como tampoco lo es del ciego de nacimiento el no ver.

Por tal motivo me he pasado la vida sin preocuparme de las verdades de nuestra religión sacrosanta. Y digo nuestra, porque, aquí donde ustedes me ven, estoy bautizado como cualquiera hijo de vecino, y aún creo que confirmado, y hasta oí mis misas en aquella preciosa y nunca bien llorada edad de la inocencia en que el alma, abriéndose al sol de la fe como la flor al de nuestro sistema planetario, no sabe absolutamente lo que se pesca.

Pero aun entonces, lo confieso ruborizado, ni me enfriaba ni me calentaba nada de aquello; (excepto la impresión desagradable de frío que seguramente recibí cuando me mojaron la cabeza para borrarle el pecado que Adán y Eva cometieron, y del que, lo declaro con la mano sobre el pecho, no tenía la menor noticia en aquel instante).

Así es que opino, sin duda por lo de «cree el ladrón que todos son de su condición», que les ocurre lo que á mí á cuantos piensan algo en estas cosas, si es que realmente piensa alguien. Aun cuando sí; hay muchos que piensan, y que deben pensar, por la relación estrechísima que existe entre la

fe y la adquisición del condumio. Sin esto, ¿quién iba á perder hoy el tiempo en hablar de asuntos religiosos?

¡El dogma! ¡Los misterios! ¡Los milagros!... Sólo en broma se puede tratar de esto, que además, resulta perfectamente inútil. Al que cree, no hay medio de convencerle; su inferioridad mental le impone la creencia, y no es cosa de perder el tiempo en disuadir á los imbéciles; y al que no cree, pero que le conviene aparentarlo, sería necio hacerle argumentos que tiene olvidados.

A título de entretenimiento podría aún disculparse la discusión de esas cosas, si no viésemos á las gentes de Iglesia en acecho para atacar la bolsa de todo el que se le acerca, quitarle la libertad, é inmiscuirse en todos los actos de su vida, porque esto ya no puede echarse á broma.

La decadencia, la postración, la ruina de España se acentúan por momentos, debido á que no pasa hora sin que se retiren de la circulación grandes sumas de dinero sustraídas á la piedad, á la inocencia, á la inmoralidad y al vicio, sumas que se emplean en combatir al progreso.

La red está bien tendida: desde la infeliz devota que compra una papeleta de cinco céntimos de cualquier rifa realizada con aparente objeto piadoso, hasta la encumbrada señora que lega mandas cuantiosas é regala palacios á las comunidades; desde el beato que echa diez céntimos en uno de los innumerables cepillos que hay en los templos, hasta el que contribuye con miles de pesetas al dinero de San Pedro, hasta los desgraciados que se arrojan á la puerta de un oratorio y arrojan por la rejilla los últimos céntimos que le restan, todos contribuyen á la ruina de España. Y como el primer deber de todo hijo es impedir que su madre se arruine, de aquí la necesidad de combatir á toda hora al clericalismo.

Y si á este deber se une, como ya he dicho que á mí me pasa, la absoluta carencia de eso que llaman sentimiento religioso, calcúlese la opinión que tendré de curas, frailes, etc., y lo que me preocuparán el dogma, los milagros, los misterios, etc., etc.

JOSÉ NAKENS

Una madre explicaba á su hija que después de haber sido arrojados del Paraíso Adán y Eva, usaron por todo vestido simples hojas de higuera.

—Dí, mamá, y cuando llegó la caída de la hoja, ¿cómo se vestían?

La primera comunión

1

—¿Se puede pasar?
—Adelante, doña Virtudes. Siéntese usted aquí. ¿Cómo va ese reuma? ¿Y su esposo? ¿Y los niños? ¡Ay, hija, no sé donde

tengo la cabeza! Mañana hace Purita su primera comunión en las Traspasadas, y está esta cosa tan revuelta que parece un hospital robado.

—Sí, por eso he venido. Los amigos somos para estos casos.

—Muchas gracias. No sabe usted las ganas que tengo de salir de esto. Llevo gastado un dineral: que vestido, que velo, que corona, que guantes, que botas, que devocionario... ¡Jús, hija, si esto es el cuento de nunca acabar! Mi esposo está que trina; el pobre pensaba hacerse un traje de verano; pero todo se lo ha llevado la niña. Pero, hija, no hay más remedio que cumplir con la sociedad.

—Y con la religión, doña Esperanza.

—Por supuesto. Y que estas cosas no se pueden hacer á medias. No quiero que Purita sea menos que la niña de los Lamedores, que el año pasado llevó un lujo insulso. Figúrese usted: la trajeron el traje de París.

—Pues la pobrecilla es bien fea.

—Una verdadero coco.

—Purita se iba retrasando ya demasiado; ya es una mujercita.

—¡Si es tan inocente! Y, la verdad, no estábamos en disposición de hacer gastos. Y ahora que me acuerdo: todavía no han traído los recordatorios. No le puedo á usted enseñar el vestido, porque se llevó la falda la modista para alargarla un poco. Mire usted la corona.

—Es preciosa.

—El limosnero se lo ha regalado su tío; ¿ve usted? con sus iniciales doradas y todo.

—Es una monada.

—Este es el pañuelo de nupias. Aquí están las medias, los guantes, las botas de raso. Fíjese usted en el velo.

—Muy fino y muy elegante.

—¡Ay, doña Virtudes, lo que cuestan los hijos!

—Dígamele usted á mí, que he pasado ya por cinco primeras comuniones. Pero ¿dónde está Purita?

—Salió con la muchacha á comprar la vela rizada. Siento que no la vea usted.

—Ya la verá mañana en las Traspasadas. Vaya, adiós y mil felicidades. Estas cosas sólo pasan una vez en la vida.

—Afortunadamente, porque si no acabaríamos pidiendo limosna.

II

—Pase usted, padre Ambrosio. En este gabinete no les molestará nadie. Ahora llamaré á Purita. No sabe usted lo contenta que está al ver que mañana recibirá la primera comunión.

—Muy bien; pero quiero cerciorarme de que está bien instruida en la doctrina cristiana y en el augusto sacramento que mañana ha de recibir. Sí, sí; llámela usted.

—Voy al momento; con su permiso.

El padre Ambrosio da una cabezada de asentimiento, sale doña Esperanza y al poco rato entra en el gabinete. Purita con tímidos y encarnada como una amapola.

Purita es alta, de gada, morena, de ojos grandes y soñadores, labios gruesos y con grandes surcos violáceos en los párpados inferiores.

—Ven acá, hija mía, acércate; ¿no me conoces?

—Sí, señor.

—Vengo á ver cómo andas de doctrina; ya sabes que yo soy el confesor de tu mamá y te quiero mucho. Vamos, tontuela, acércate; no tengas miedo.

Purita se acerca; el cura coge sus manos, después rodea con un brazo su cintu-

ra y, por último, la obliga á sentarse sobre sus rodillas. Purita se resiste, está asustadísima y su corazón palpita con violencia.

—Vamos, cuéntame; ¿cuántas cosas bonitas vas á llevar mañana?

—Pues... un traje blanco y una corona.

—¿Y qué más?

—Y un velo, y guantes, vela rizada, y un devocionario de marfil.

—La niña clava en el cura sus dos ojitos y enmudece.

—Ven, monina, estate quieta... Bueno, sigue.

—Y nada más.

—Y después habrá dulces, chocolate y te llevarán al paseo y á retratarte. ¡Verás qué guapa estás con ese traje! Parecerás una novia. ¿Sabes tú lo que es una novia? La niña clava en el cura sus dos ojitos y enmudece.

—¿No lo sabes? ¿No has jugado tú con tu primito Ernesto á los novios?

—Sí, padre; pero hace mucho tiempo.

—¿Y qué hacías?

—Nada.

—¿No te daba besos?

—Sí, alguna vez.

—Y tú, ¿qué hacías?

—No sé... no me acuerdo.

—Vamos, no mientas. ¿No hacías esto?

El padre Ambrosio se desmanda, Purita se asusta y palidece.

—Eso es un pecado.

—Pues por eso te pregunto si lo hacías.

Es necesario que mañana lleves el alma muy pura para recibir al Señor, y por eso debes decirme todo lo malo que has hecho; de este modo haces exámen de conciencia, y mañana cuando te confieses conmigo, porque quiero que confieses siempre conmigo, acabaremos enseguida. Vamos, Purita, sé buena y obediente y haz todo lo que yo te diga, porque si no te condenarás, y mañana, en vez de recibir al Señor, entrarás en tu cuerpo Satanás, que es una serpiente de fuego que te matará y llevará al infierno. Ven, siéntate mejor, así. No retires la cara; pon esa mano así... No te muevas... y ahora respóndeme: ¿Es verdad que...?

El padre Ambrosio baja tanto la voz que no es posible oírle.

III

—Terminó ya la consulta?

—Pase, pase, doña Esperanza. Purita está muy instruida en todos los misterios de nuestra santa religión; tiene un corazón angelical.

—¡Pobrecita!

Doña Esperanza abraza á su hija y lloriquea. La niña se arroja en sus brazos con efusión y llora también.

—Vamos, estos son días de alegría y no de penas. A las siete estará en el confesionario; á ver si eres de las primeras, Purita.

—¡No faltaría más que estuviera usted aguardando! Yo me encargo de eso.

—Bueno, pues hasta mañana.

—Anda, niña, besa la mano al padre Ambrosio.

Purita se acerca con repugnancia y apenas besa la mano gordiflona del cura.

—Dios te bendiga, hija. Y no te olvides nunca de tu primera comunión.

Purita con brio inusitado:

—¡Aur que viva mil años!

La madre la mira asombrada, y el padre Ambrosio sale de la casa diciendo para su oír: ¡Ya te irás acostumbrando.

FRAY GERUNDIO

A mayor gloria de Dios

6

La frescura de la Compañía

Ya habrán supuesto mis lectores que me refiero a la Compañía de Jesús. El segundo título de estas cuartillas no deja lugar a dudas. Por ella, principalmente, debió de decirse aquello de «más vale ir sólo que mal acompañado». Claro que los pobres padres no se dan por aludidos. Son ellos muy modestos y huyen de toda mundanal ostentación. Pero con lo que ahora han hecho en Barcelona no podrán menos de presentarse en escena cuando el respetable público pida el autor. ¿Se trata de un drama? ¿Cuál? Se trata de eso que, según el Códig, consiste en apropiarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. No sé la intención que les habrá guiado, pero seguramente no será el lucro, ni siquiera el deseo de enseñarnos cómo se apropia uno lo que es de otro con asejo y equidad.

El caso es el siguiente:

El director del colegio que los jesuitas tienen en Barcelona ha notificado en carta, cuyas copias se han repartido previamente, al profesor de Filosofía de aquel Instituto, que sus alumnos no volverán a estudiar los nefandos textos que «explica». Asegura el sabio sacerdote que esos libros no pueden ponerse en manos de sus discípulos.

Pero resulta que los jesuitas mismos se los habían proporcionado anteriormente a los muchachos de un modo muy original y tan decente como de ellos podía esperarse. «Hicieron —dice el profesor del Instituto, don Pedro Sanz Boronat— una copia en litografía, sin más variación que la primera palabra del título; lo que yo en letras de imprenta llamo *Elementos de Psicología*, se titulaba en la copia *Apuntes de Psicología*. Además, a los padres de los alumnos les costaba más cara que la que con mi nombre se vendía en las librerías.»

¿Eh, qué tal? ¿No aparece claro el freno religioso? Pero hay más.

En los exámenes de Junio último los colegiales ganaron buenas notas y no obtuvieron ningún suspenso; y asegura el señor Sanz Boronat:

«Me dicen que la deportación ha sido el premio concedido al Padre que les preparó con mis libros, al frente de los cuales suprimieron un capítulo que, copiado literalmente aparte, después se cobraba a cuatro pesetas.»

El profesor de Filosofía se indigna al comentar estas cosas. Yo no. Conozco mis clásicos, y sé de qué pie cojean los discípulos de Aquél que dijo: «Por sus obras los conoceréis». Por lo visto se les conoce también por las obras de los demás.

De modo, señores —vamos al decir— de la Compañía, que los libros del señor Sanz Boronat no se les pueden entregar a los niños jesuitizados según salen de las librerías, y si pueden leerlos copiados íntegramente por vosotros y grabados en su coste. Iba a enfadarme, pero pienso en este momento que acaso tergiverso razón. Y puede ocurrir que, lo mismo que mi pobre inteligencia no comprendió, por ejemplo, el misterio de la Santísima Trinidad, no acierte a ver claro en este otro punto teológico moral, de unos mismos textos heterodoxos u ortodoxos, según quien los

venda. Por eso lo mejor será confesar la pobreza de las luces humanas y bendecir la infinita sabiduría del Señor, cuyos dignos ministros sois.

Pero antes de acabar, dos palabras dirigidas a los compañeros del señor Sanz Boronat y a todos los liberales españoles:

Supongo que ya se habrán ustedes convencido de que en España no existe el problema religioso ni en la enseñanza, ni en el hogar, ni en la calle. Esa son habladurías de las gentes de mal gusto que sólo aspiran a calumniar al clero, y que de paso quieren vivir sin que los jesuitas les exploten y les calumnien a ellos, los doctores o los corazoneros enseñen a sus esposas las verdades divinas, y los de Santa Rita abran los ojos de sus hijos a la doctrina verdadera.

—Mamá, ¿es verdad que Dios está en todas partes?

—Sí, hija mía.

—Pues yo no le he visto nunca.

—Figúrate un terrón de azúcar que se derrite en una taza de café.

Página emocionante

Los del Tercio y la Imperio

Seis u ocho oficiales esperaban la salida del vapor en el hotel Reina Victoria. Eran del Tercio.

Vieron al salir del comedor a Pastora Imperio en el gabinete de visitas, y atraídos por la intensidad femenina de sus ojos entraron en la estancia.

Ella conversaba animosa con un grupo de familia y de amigos que acudieron a conocer la indisposición de la artista. Había mejorado; pero no se hallaba restablecida por completo. Temió, pues, la suspensión del espectáculo aquella noche, como sucedió la anterior.

En sus rodillas descansaba jugando una encantadora criatura de tres años, sobrina de Pastora, y a quien ésta consagra sus intuiciones maternas, con desbordamientos de ternura que la llevan a no alejarse de la niña.

Durante sus larguísima viajes, en el tren, en el barco, en el hotel, y hasta en su camerino del teatro, necesita la caricia constante de la criatura angelical que con su afectividad candorosa constituye el pomo de esencias espirituales que deleitan el alma de la artista...

Los oficiales se sentaron, ávidos de manifestar a Pastora su contrariedad porque la noche antes no pudieron aplaudirla, debido a la suspensión del espectáculo.

Allí se comentó el contratiempo, llegando a oídos de la interesada el disgusto de aquellos militares que en breves horas partirían para África.

No fué menester deprecárselo. Abandonó con gallardía escénica su asiento; reclamó el acompañamiento del maestro Villarraso que allí estaba, y apoyando ligeramente el torso en el

costado del piano, lanzó a nuestra alma la emoción de sus canciones españolas.

Sentíase Pastora frente a aquellos oficiales del ejército plena de facultades y emoción, como en esos días solemnes en que el teatro rebosa concurrencia, subyugada por el influjo ineluctable de sus encantos femeninos, de su pasión artística, de su majestad sevillana, que en armonioso acorde de bellezas nos imprime la vibración del entusiasmo.

Cantó, cantó con transportes de sentimiento delirante; con emotividad repentina, espontánea, profunda que nace del misterio del alma, para llegar, misteriosamente también, a calofríos el cuerpo. Cantó con el matiz sombrío de la melancolía flamenca que ella acentúa con prodigios de su garganta andaluza; cantó con regocijos marciales canciones vigorosas de sentimiento patrio; cantó con dulzuras de cariño canciones amorosas...

La hora de la partida se acercaba. Los oficiales decidieron abandonar la compañía deliciosa de Pastora, con visible descontento.

Esta agradecida conmovida sus cálidos elogios.

Todos experimentamos la efusión de la afectividad y la tristeza. Pero todos callamos.

Aquellos militares ¡cuánta gratitud sentirán hacia la artista sevillana, cuando en el campo moro les acaricie el recuerdo de sus bravas canciones españolas!...

LUCIUS CATILINA

Vida Malagueña.

Un eclesiástico que viajaba no quiso pagar en la aduana los derechos que le pedían por un crucifijo nuevo.

Instándole el administrador al pago, hizo el eclesiástico una genuflexión ante la cruz, y después dijo al empleado:

—Ya ve usted que ha servido, y de consiguiente, no es nuevo.

La mortaja del cura

Yendo yo con un amigo, ha pasado un coche fúnebre entoldado de coronas de flores naturales, que casi tapaban por completo el féretro.

Del remate del coche habían quitado la cruz, prueba cierta de que el muerto era un ser libre, que sintió en vida horror a la esclavitud del dogma que niega todo derecho a la razón, que anula plenamente los espíritus.

Los transeúntes, sin detenerse, saludaban al pasar. Hasta vi un cura llevarse la mano a la negra teja; pero alzó los ojos, vió que la cruz no coronaba la carroza, y detuvo el ademán, como si hubiera temido encontrarse un alacrán en el ala del sombrero.

Fué el odio, que ellos llevan más allá de la muerte, lo que detuvo al cu-

ra en el intento de saludo que quiso aparentar piedad fraternal, esas piedades que ellos no son capaces de sentir, porque se lo impide el misno precepto bíblico: «Por seguirme á mí, dejarás á tu padre y á tu madre.»

Mi amigo se indignó: impetuoso, si mi voz no le hubiera hecho parar en seco y reflexionar, se habría lanzado contra el curi para escupirle al rostro algún apóstrofe viril y justo.

¿Para qué?

La intolerancia de aquel pobre hombre que de intolerancia se viste y de intolerancia se nutre, no iba á ser corregida en un segundo por medio de un latigazo de razón.

Los clérigos no sienten la fuerza de la razón, porque para ellos la razón no es nada y la revelación y el misterio lo es todo: tienen la ventaja de que, no rezando, no cansan el cerebro.

Para sosegar á mi amigo, le hice una observación: ¿Cómo quieres—le dije—que un cadáver salude á otro cadáver? ¿No ves á ese hombre que va muerto, envuelto en negro suario, y que se mueve como si estuviese galvanizado?

Fíjate: en sus ojos no hay luz; mira á la tierra, porque no es capaz de comprender la grandeza de los espacios infinitos; sus manos se agarrotan contra el fiador del manto, como las de un muerto contra los bordes del ataúd.

Déjale: es un muerto, y bien muerto... en el cuerpo y en el alma: le mató la sotana que lleva por mortaja.

HELIO

El Radical, Barcelona.

En un pueblo situado no muy lejos de Madrid, el cura párroco, recientemente nombrado, es interpelado por el boticario, *esprit fort* del pueblo, en los siguientes términos:

—Ante todo, señor cura, ¿querría usted enterrar á un librepensador?

—¿A uno?, replica el cura; á todos los que haya.

—¿Quién inventaría la cuaresma?, preguntaba un católico, harto de las comidas de viernes.

—¿Qué cosas preguntas!, le dijo el que lo oía: San Pedro. ¿No sabes que era pescador?

Subscripción para el número Extraordinario

—*—*—

Cantidades recibidas

Suma anterior, 1.914'20 pesetas.

Manuel García Ceballos, 2 pesetas; Francisco Mingorance, 5; F. Blanco, 15; Fernando Blas, 2; José Molina Moreno, 25; Regino Noriega, 5; J. C., 1; Santiago Arraz, 25; Ciriaco Sáenz, 2; A. Dégano, 5; Salvador Fuertes, 10; José María Serrate, 1; Manuela Oria, 5; Santiago Oria, 5;

Pascual del Río, 5; Pablo González, 5. (Todos de Madrid.)

Manuel Sánchez, 3 pesetas; María Navas Sánchez, 2; Félix Martín Romero, 5; Martín García Jiménez, 10; Victoriano Gandullo, 5; María Romero Guerrero, 1; Rafael López Romero, 0'50; Valentín Romero Martínez, 2; Antonio Gallego Suárez, 5; José Rodríguez Romero, 2; Antonia Villegas, 1; Matías Márquez Fernández, 2; Santiago Cayetano, 1; Pedro Fernández Castilla, 1; Gabriel Baez, 5; Manuel de la Nival, 1; Juan Garrocho Martín, 2; Tomás Fernández Ramos, 1; Juan López Romero, 0'50; José de los Reyes, 2; Vicente Roldán Vázquez, 15; S. Romero Sánchez, 3. (Todos de Corgtegana.)

Uno de Zaragoza, 50 pesetas; José A. Caja, Almodóvar del Campo, 2; Un admirador, Ferrol, 10; José Silo, Guareña, 1; Santiago Álvarez, ídem, 1; Juan Álvarez, ídem, 1; Francisco Barrera, Villamartin, 19; Manuel Albí, Valdepeñas, 5; Mariano Falcón, Gelsa, 2; María Soto, Algeciras, 2'50; Emilio Soto, ídem, 15; Francisco S. Hernández, Puerto de Mazarrón, 5; Narciso Oyarzabal, Pasajes, 10; José Coma, Barcelona, 5; Andrés Saavedra, Málaga, 5; Arsenio Torres, Colombres, 1'50; Enrique Allepuz, Huelva, 2; Joaquín González, Larache, 25; Antonio Rodríguez, Alocén, 1; Emilio Rodríguez, Budia, 1; Fidencio Escribano, Camuñas, 15; Rafael G. Requena, Córdoba, 4; C. Corrales, Ronda, 7'50; F. Sánchez, Cádiz, 15; E. Vázquez, Benaguacil, 5; Marcos Pérez, Daroca, 10; I. Hernández, Salamanca, 5; T. Manzano, Plasencia, 5; Calisto Jiménez, Colmenar de Oreja, 10; Bernardino Fernández, Palencia, 5; Hernández, Mérida, 2; Hermenegildo Giner de los Ríos, Granada, 10; Tiburcio Lacalle, Santander, 2; Bautista Rasillo, ídem, 2; Eusebio Marcos, ídem, 1; Un Obreiro, ídem, 1.

Total 2.365'70 pesetas.

En un cementerio:

—¿Por qué tiempo se alquilan las tumbas?, preguntaba un individuo en las oficinas de una sacramental.

—Por cinco años y por toda la vida.

—Y dígame usted, ¿cuanto se calcula que puede durar la vida de un muerto?

—Cuando más engolfado estaba un cura comiéndose un capón asado, entró azorada el ama y le dijo:

—¡Ay señor! ¡Ahora recuerdo que hoy es vigilia!...

—¡Animal!, exclamó el cura; esas cosas se dicen después.

Al atravesar el Guadalquivir una barca cierto individuo, se inclinó tanto sobre la borda, que cayó al agua de cabeza.

Desde entonces, cuando rezaba el padrenuestro, en vez de «no nos dejes caer en la tentación», decía:

«Y no nos dejes caer en el Guadalquivir.»

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Gaspar Garrote, Cabeza de Buey, 7 pesetas. J. de Coma, Barcelona, 10; R. Palacios, La Solana, 0'50; Enrique Allepuz, Huelva, 2; Andrés Saavedra, Málaga, 3.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Cabeza de Buey Gaspar Garrote. Abonada su suscripción á fin Diciembre 1923.

Gelsa. Mariano Falcón, id. á fin Septiembre 1923.

Barcelona.—A. Escudero, id. á fin Diciembre 1922.

Almodóvar del Campo.—José A. Caja, id. á fin Mayo 1923.

Lugo.—P. Marroño, id. á fin Diciembre 1922.

Córdoba.—Rafael G. Requena, id. á fin Diciembre 1922.

Puerto de Mazarrón.—Francisco Javier Hernández, id. á fin Noviembre 1923.

Valladolid.—Adolfo G. Olmedo, id. á fin Diciembre 1923.

La Solana.—R. Palacios, id. á fin Diciembre 1922.

Huelva E. Allepuz, id. á fin Junio 1923.

Madrid.—A. Vela, id. á fin Diciembre 1923.

Utrera.—Enriqueta González. Recibido su giro de 2'40. Conforme.

Málaga.—Andrés Saavedra, id. de 15. Conforme.

Segorbe.—Rafael Pérez, id. de 82'50. Conforme.

Ronda J. Peinado, id. de 7. Conforme.

Colombres.—Arsenio Torres, id. de 6'50. Conforme.

Algeciras.—Emilio Soto, id. de 25'50. Conforme.

Idem.—María Soto, id. de 4. Conforme.

Cedeira.—Hermanos Arribi, id. de 35. Conforme.

Corgtegana.—Vicente Roldán, id. de 71'50. Conforme.

Grao.—Braulio Algarra. Id. de 5.

Zaragoza.—Alvaro Castán, id. de 50. Conforme.

Larache.—J. González, id. de 25. Conforme.

Pasajes.—N. Oyarzabal, id. de 10. Conforme.

Alayor.—Rafael Juanico, id. de 15. Conforme.

Villamartin.—F. Barrera, id. de 25. Conforme.

Montijo.—F. Zambrano, id. de 3'25. Conforme.

Albacete.—Juan A. García, id. de 10'35. Conforme.

Eibar.—Círculo Republicano, id. de 50. Va carta.

Ataca.—Labor y Libertad, id. de 5. ¿para qué?

Santander.—B. Rasillo, id. de 12. Conforme.

Guadalupo.—V. Sierra, id. de 3. Conforme.

Budia.—Emilio Rodríguez, id. de 2. Conforme.

Pinoso.—José Raíz Verdú, id. de 25. Gracias.

Imp. Juan Pérez. -Paseo de Valdecilla, 2.-Madrid.